EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

11136

UNA APUESTA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. RICARDO BAYARRI

Y

D. JAIME GADEA

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN VALENCIA, CON GRAN ÉXITO, EN EL TEATRO PRINCIPAL EL DÍA 22 DE ENERO DE 1894

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40—OFICINAS: POZAS, —2—2.°

1894

UNA APUESTA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. RICARDO BAYARRI

Y

D. JAIME GADEA

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN VALENCIA, CON GRAN ÉXITO, EN EL TEATRO PRINCIPAL EL DÍA 22 DE ENERO DE 1894

VALENCIA

IMPRENTA DE FRANCISCO VIVES MORA

HERNÁN CORTÉS, 6

REPARTO

D.ª SIMONA.	Sra. Barbera.
ADELA.	» Cola.
JUAN TEJADO. . . .	Sr. Paredes.
DIEGO.	» Berlá.
PEDRO CALLEJA. . .	» Cardona.
CIRIACO.	» García.

La escena tiene lugar en Madrid.—Epoca actual.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DEDICADA

Á

D. ANDRÉS PIERA R.

Amigo mío: Yo bien hubiera deseado la elocuencia del sabio para haberte elevado en esta humilde obra que te dedico hasta rayar en la esfera celeste; pero careciendo de ese hermoso poderío, espero que te dignarás admitirla como si fuera una de mi deseo.

El Autor,

R. B.

607820

ACTO ÚNICO.

Sala-comedor en casa de doña Simona. Puerta al foro de salida y dos laterales primeros términos. Derecha, segundo término, un balcón que da á la calle. Un armario al foro izquierda. Sillas. Un velador. Es de día.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SIMONA, ADELA.

SIM. (Preparándose para salir.) Ayúdame, hija mía; ¡uf!... ¡qué calor!... me voy á ver qué adelanto; ¡qué lastima, hija, qué lástima!...

ADEL. Y qué le vas á remediar; le perdí, la culpa fué mía.

SIM. Eres muy descuidada. Era el regalo de boda que me hizo tu padre; me dijo: «este libro, espero que lo guardarás mientras vivas; cuando yo muera, respétalo como si fuera yo.»

ADEL. Sí, y tú le has guardado hasta que yo lo he perdido; pero él parecerá.

SIM. En los periódicos más públicos voy á anunciar: «De San Martín á Jovellanos se perdió ayer un devocionario; es recuerdo de familia: se suplica se devuelva.»

ADEL. Sí, sí, y verás qué pronto parece; es tan bonito y de tanto mérito, que sentiría no pareciera.

SIM. Pronto estoy de vuelta; mira, no abras la puerta, no sea que te den un susto.

ADEL. Bien, mamá, así lo haré.

SIM. ¡Ah!... si tu papá viviera, cinco minutos después de la pérdida ya lo tendría en su poder.

ADEL. Es verdad...

SIM. ¡Pobre Pancho!... Adiós, hija mía, y ten cuidado con lo que te he dicho.

ADEL. Bien, adiós; no tardes.

SIM. Hasta luego. (Váse foro.)

ESCENA II.

ADELA.

El dichoso devocionario lleva la casa revuelta; nó, la verdad es que sí merece la pena de disgustarse. El era mi archivo amoroso; y ahora que recuerdo... sí, sí, yo puse allí la declaración de aquel joven... ¡torpe de mí!... ¿y ahora qué le voy á contestar si no recuerdo su nombre? Si el libro cae en manos de algún burlón, cómo se va á divertir; dirá: «mira qué jóvenes más devotas.» ¿Y cómo salgo de este compromiso?... Bah, bah, ya parecerá el libro, y sin que se enteren, sacaré la carta y le contestaré. ¿Y qué le contesto? El me decía, que la única mujer que podría darle la felicidad era yo, y en fin, me decía tantas cosas, que casi le quiero ya. Nó, la verdad es que él es un joven que vale mucho: guapo, alto, arrogante y que me ama... Bueno, todo vendrá por partes; ahora es el libro lo que interesa, después lo demás... (Paseando rápidamente.) ¡Ah! Cuando yo sea casada y me vea en aquellos salones y aquellos criados, todos vendrán preguntando: ¿está en casa la señora del capitán?... ¿ó la señora del brigadier?... ¡Ay, qué felicidad!... ¡qué felicidad!... (Haciéndose aire con un pañuelo.) ¡Qué calor, no puedo resistirle, me ahogo!... (Va hacia el balcón.) Aquí parece que se respira algo mejor. (Sigue haciéndose aire.) Allí, allí veo un pollo, en la esquina de enfrente; mira hacia aquí... ¡pobre!... ¿A quién esperará?...

La verdad es que algunos sí que quieren de corazón; pero nosotras nos burlamos de ellos. ¡Pobrecitos!... (Al hacerse aire con el pañuelo, le cae á la calle.) ¡Ah!... qué torpe soy. Y lo recoge aquel joven. (Fuerte.) Gracias, déselo á la portera; pero ¡calle! creo que sube, sí, ya está ahí... ¡llaman!... ¿Qué hago ahora?... ¿debo abrir?... Sí, porque viene á darme el pañuelo. (Váse al foro y entra con Diego.)

ESCENA III.

ADELA, DIEGO.

ADEL. Caballero...

DIEGO. Señorita, debo dar gracias al cielo por mostrarse tan propicio conmigo.

ADEL. ¿Sí?

DIEGO. Sí, porque ha puesto en mis manos el pañuelo que esas manos de serafín habrán estrechado mil y mil veces; el pañuelo que habrá llevado á esos labios de coral y el que habrán humedecido esos ojos que me están abrasando con ese mirar. Adela, yo ví á usted y la amé, la seguí, la soñé, y cuando no la veo no como, no vivo, no duermo. ¡Ay, Adela!... Yo diera mi vida por conseguir su amor; ¿qué me dice?... ¿qué me responde? (Le da el pañuelo.)

ADEL. ¿Qué?... que tenga más calma.

DIEGO. ¿Que tenga yo calma? no puedo; yo á usted la idolatro, la respeto y me moriría, que no tiene nada de extraño, si usted me dijese que nó.

ADEL. Caballero... eso son razones, que todos dan, por pasar el tiempo.

DIEGO. Nó, Adela; no crea usted que mi amor es pasajero; cuanto le he dicho es nacido del fondo del corazón.

ADEL. Mil gracias; mas apreciaría...

DIEGO. Sí, ya lo comprendo; ¿que me marche?... mas antes, si acreedor soy á pedir un favor, le pediría...

ADEL. ¿Un favor?... nó, una recompensa.

DIEGO. Sí; es el calor tan fuerte, que apreciaría me diese una poca de agua.

ADEL. Al momento. (Váse derecha, primer término.)

ESCENA IV.

DIEGO. Luego ADELA, derecha, primer término.

DIEGO. Todo va bien. ¡Ah!... qué chica. (Al público.) Ustedes no digan nada, pues es una apuesta de dos amigos, á ver quién se casa antes: ya estoy mirando á un casado, que me dice: «Tontorrón, no te cases.» Ya lo sé que no debiera casarme; mas se apostó, y ya veremos quién gana. ¿Quién ha de ganar?... Pues yo. ¿Cómo es posible que Juan y Pedro estén tan adelantados? Qué chasco van á llevarse; lo que es Pedro debe estar...

ADEL. (Sale con un plato y un vaso con agua.) Aquí está.

DIEGO. ¡Ah! sí, el agua; yo le pido mil perdones por la molestia. (Bebe.)

ADEL. Nada de molestia: el insistir en que se marche es que... como estoy sola... y una mujer sola no debe recibir visitas... se marchó mamá hace un rato... y puede venir... y ya ve usted...

DIEGO. Sí, sí, lo comprendo, me voy; pero antes deme usted una esperanza... un poco de dicha para marcharme tranquilo.

ADEL. ¿Yo?... Pero... cuando venga la mamá.

DIEGO. ¿Cuando venga su mamá? Bien, volveré cuando esté. Adiós, lindísima joven. (Va hacia el foro y llaman.)

ADEL. Caballero, caballero, que ya está aquí mi mamá y no quiero que le vea. Márchese usted, por Dios, pronto.

DIEGO. ¿Por dónde? (Mirando por el balcón á la calle.) Esto está muy alto y me puedo hacer pedazos.

ADEL. Pronto, caballero. (Llaman.)

DIEGO. (Mirando por todas partes.) ¿Dónde quiere que me esconda?

ADEL. Entre usted aquí y no salga hasta que venga yo.

DIEGO. Bien, bien. (¿En qué parará todo esto?) (Entra derecha, primer término.)

ADEL. Serenidad, y á ver, que no sepa nada mamá. (Váse foro y entra con Juan.)

ESCENA V.

ADELA, JUAN.

JUAN. Señorita, beso á usted los... (Saluda tímidamente.)

ADEL. (¿A qué vendrá este?) ¿En qué puedo serle útil?...

JUAN. (¡Ay, qué guapa es!) Pues el caso es que ayer, al salir de San Martín... (creo que no empecé bien.)

ADEL. (¡Calle!... Traerá el devocionario.) ¡Ah!... sí, ya...

JUAN. ¿Sí?... (Esto es que me ha comprendido.)

ADEL. Tome usted asiento. ¡Cuánto me alegro!...

JUAN. ¿Sí?... (Por lo visto le he gustado.) (Sentándose.)

ADEL. ¡Ah!... caballero, si usted supiera cuánto he sufrido desde aquel momento hasta ahora...

JUAN. (Vaya, lo dicho.) Si yo hubiera sabido todo esto, hubiera venido antes.

ADEL. Y le hubiera usted ahorrado esa molestia á mamá.

JUAN. ¿A su mamá?

ADEL. Sí, porque ha ido en su busca.

JUAN. (¿En mi busca?... y me van buscando; quisiera que Diego y Pedro me oyeran; ¡qué trunfo!... ¡qué triunfo!...) Sí que siento que se haya molestado.

ADEL. Qué quiere usted, mi mamá es así.

JUAN. ¿Y con este calor?... (porque la verdad es que hace mucho calor.)

ADEL. Al principio me riñó mucho, pero después la convencí que eso á cualquiera le pasa.

JUAN. Sí que es verdad.

ADEL. Debe usted estar satisfecho de haber sido el afortunado.

JUAN. Sí, sí, señorita, sí que lo estoy (ruborizado).

ADEL. ¿Y lo trae usted?

JUAN. ¿El qué?

ADEL. ¿Cómo el qué?

JUAN. ¡Ah!... sí, sí (el amor querrá decir). Pues ya lo creo, hace dos meses.

ADEL. (Levantándose bruscamente.) Caballero, ¡cómo dos meses!... Si yo le perdí ayer.

JUAN. ¿El qué perdió usted?

ADEL. El devocionario, ¿qué ha de ser?

JUAN. Pues, no sé nada yo de eso.

ADEL. ¿Conque nada sabe usted?

JUAN. ¡Nó, señora!... (Me parece que la cosa se enreda.)

ADEL. ¿Pues á qué ha venido usted á mi casa?

JUAN. ¿Yo?... (¡Ay, Dios mío, qué belén!) Pues yo... vine...

ADEL. ¿A qué? pronto, dígalo usted.

JUAN. A... decirla que la adoro, y que en el mundo no habrá quien la quiera más que yo.

ADEL. ¡Caballero!... ¡Y se atreve así á burlar el candor de una mujer!

JUAN. ¿Yo?... Señorita, desde el momento que entré le demostré mi cariño.

ADEL. ¡Basta!... (Paseando rápidamente.) Salga al punto de mi casa.

JUAN. No sé yo haberla ofendido, y por ello yo le pido mil perdones. (Llaman.)

ADEL. Pero ya no puede ser; ya está aquí mi mamá. Escóndase usted, por Dios.

JUAN. (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.) ¿Por aquí, por esta puerta?

ADEL. Nó, en este armario, pronto.

JUAN. ¿Aquí?... Me voy á asfixiar. (Ay, si me vieran Diego y Pedro.) (Entra en el armario.)

ADEL. Pronto, Dios mío, y cuántos apuros; corro á abrir. (Sale y entra con Simona.)

ESCENA VI.

ADELA, SIMONA.

SIM. (Agitada.) Hija mía, vengo transtornada.

ADEL. ¿Qué te pasa?

SIM. ¡Ay!... Déjame respirar. Pues bien, subí en un tranvía, y al llegar á una de las revueltas que hace una calle, ¡cataplúm!... vuelca el tranvía. Gritos, ayes, algazara, desmayos, gran confusión. Hija, dos señoras han sacado, la una con la pierna rota, la otra un brazo; pero yo, gracias á Dios, sana y salva me he quedado.

ADEL. Gracias á Dios.

SIM. Pero te veo confusa y alterada; ¿que tú también has volcado?

ADEL. Sin duda... el calor... (va á notar mi turbación). No tengo nada. ¿Y qué me dices del libro?

SIM. ¡Ah! sí; después me dirigí á la redacción de *El Universo,* y á un joven muy amable que ví allí, le conté lo pasado y se tomó gran interés; en un instante redactó el anuncio en tales términos, que no debe tardar en parecer, vaya si parecerá.

ADEL. Dios lo quiera.

SIM. Al salir de la redacción encontré á doña Torcuata; la pobre está apuradísima: ha quedado cesante su esposo. ¡Pobre señora! Y además, su hija...

ADEL. ¿Cómo, su hija también cesante?

SIM. Y además, su hija Pilar, que estaba para casarse con un joven muy rico, al saber lo ocurrido, se ha retirado y ha dicho que no piensa en casarse. ¡Cuántas cosas le pasan!... ¿Pero, hija, á tí no te conmueve nada de esto?

ADEL. Sí, sí... ¡infames!...

SIM. ¿Cómo infames?

ADEL. Sí, porque los hombres que se portan de este modo, no merecen otro nombre.

SIM. Hija, tú no tienes motivos para hablar mal de ellos, porque nunca has pensado en casarte (al menos que yo sepa).

ADEL. Sí, sí, yo no he pensado en casarme.

SIM. Bueno, bueno, dejemos esto y volvamos...

ADEL. ¿A dónde?

SIM. Nó, que volvamos á lo del tranvía; sí, en medio de la desgracia, he tenido fortuna.

ADEL. ¿Cómo llamas tener fortuna á que vuelque el tranvía donde ibas?

SIM. Nó, no es eso; es que en medio de la confusión, ha venido á caer junto á mí esto. (Saca del bolsillo una cartera.)

ADEL. ¿Qué es eso?... ¡Una cartera!... ¡Y qué bonita que es!

SIM. ¿Quién será su dueño?... Debe ser un gran personaje...

ADEL. Voy á ver qué tiene dentro, por si dice quién es el dueño. (La abre.) ¡Oh!... Dos, tres, cuatro; ¡cuatro mil reales!... ¿De qué pobre serán?

SIM. No debe ser ningún plebeyo, pues los pobres no pierden carteras con cuatro mil reales. La verdad es que más vale que haya caído

en mis manos que en las de otro, porque así no tardarán á estar en poder de su dueño, sí, de... ¿pero quién es?... Veas si hay alguna cosa que indique el nombre.

ADEL. A ver, á ver. (Mira un papel.) Una carta. (Lee.) «Juan de mi corazón; esta noche, á las siete, te espera donde sabes, tu

Julia.»

¡Una cita!... ¿Conque se llama Juan?... Bueno, veamos qué más hay. Tarjetas. (Leyendo.) «Juan Tejado, Comadre, 5, 2.°» ¿Juan Tejado? Qué gracia me hace el tejado.

SIM. Nó, pues á él no le hará mucha gracia haber perdido la cartera.

ADEL. Pongámoslo todo como estaba, y guárdala hasta que parezca su dueño. ¡Pobre Juan!... (Se oye un gran estrépito de platos y objetos que se rompen.)

SIM. ¡Santo Dios!... ¿Ese demonio de gato, qué habrá hecho por ahí dentro?

ADEL. Vamos á ver; creo que ha roto el lavabo. (Váse izquierda, primer término.)

ESCENA VII.

JUAN, que sale lentamente del armario.

Me parece que en esta casa están hoy de fiesta: ¡qué cambios, qué mudanzas y, por último, qué estrépito! ¿Quién me habrá tentado venir á esta casa? ¡Cuántas cosas me pasan! sí, porque esto sólo me sucede á mí, que soy un estúpido; no están en esta situación Diego y Pedro. Ellos tienen más fortuna que yo; ellos deben estar lo menos en la vicaría, arreglando los papeles... y yo dentro de un armario, huyendo de una suegra; nó, pues yo renuncio de la apuesta y me aprovecho de esta ausencia de los dueños y me voy á mi casa.

ESCENA VIII.

JUAN, DIEGO.

DIEGO. ¿Puedo salir ya? (Asomándose.)

JUAN. ¿Qué veo?... ¡Un hombre!... (Retrocede.)

DIEGO. ¡¡Juan!! (Fuera.)

JUAN. ¡Diego!... ¿qué haces aquí?...

DIEGO. ¿Qué?... Pues eso mismo te iba á preguntar.

JUAN. ¿Que qué hago yo?... ¡Ay, Diego!... Estoy en este armario por equivocación.

DIEGO. ¿Por equivocación?

JUAN. Sí, porque, como tú recordarás, la apuesta fué á ver quién se casaba antes, ¿eh? Pues bien, yo vi á Adela...

DIEGO. ¿A Adela?

JUAN. La vi, me gustó y vine á declararme; pero después de tener casi ganada la partida, me salió con no sé qué lío de devocionario, si se lo traia y que había sufrido tanto; en esto llaman á la puerta y era su madre. ¡Ay!... escóndase usted, por Dios, me dice ella, y aquí me tienes. Dí, ¿y tú qué haces aquí?

DIEG. ¿Yo?... Pues mira, lo mismo que tú, pero conforme tú estás en ese armario, yo estoy en esa sala.

JUAN. A este paso, deben haber lo menos diez escondidos; pero tú has tenido suerte, tienes sala; pero yo la... he tenido sudando en ese armario endiablado.

DIEG. Pero acabemos: ¿qué decías de un devocionario?

JUAN. ¿Qué tú no sabes nada?

DIEG. De eso, nó.

JUAN. Pues sí, se le había perdido un devocionario, y pensaba que yo se lo traía y le devolvía la felicidad, y en fin, qué sé yo, me dijo tantas cosas.

DIEG. (¡Calle!... si le encontramos y se lo trajera, ya tenía ganado su corazón.) Oye, ¿quieres hacer lo que yo?

JUAN. Sí, hombre; ya sabes que siempre te sigo.

DIEG. Pues bien: salimos de aquí, montamos en un tranvía...

JUAN. ¡¡Nó!! En un tranvía nó; ya no subo más.

DIEG. ¿Por qué?

JUAN. ¡Ah!... ¿que tú no lo sabes?... Para venir aquí subí en uno, y donde quiere Dios que vuelca, y allá vá toda la gente rodando por tierra. En esta confusión pierdo mi cartera, que contenía cuatro mil reales que me mandó mi padre. ¿Todo por qué?... Por haber querido subir en el tranvía.

DIEG. Ya parecerá; bueno, pues no iremos en tranvía, iremos á pié.

JUAN. ¿Y dónde tenemos que ir?

DIEG. A recorrer todas las redacciones y anunciar en todos los periódicos...

JUAN. ¿La pérdida de mi cartera?

DIEG. Nó, hombre, nó; el devocionario de Adela; y si lo encontramos, ya tenemos conseguido su amor.

JUAN. Vamos. Creo que viene gente. (Al salir por el foro se oyen pasos.)

DIEG. Entonces á nuestros sitios. (Entran en el armario y en la sala.)

JUAN. Sí, á que me acabe de asar.

ESCENA IX.

SIMONA, por la izquierda. Luego ADELA.

SIM. ¡Malditos sean los gatos!... Todo el juego de café me ha roto; me parece que á mi hija le pasa algo de particular. Aquí viene; es el retrato de su padre en cuanto á candidez.

ADEL. (Ya no me acordaba de los dos jóvenes.) Mamá, cuánto siento esta segunda desgracia.

SIM. ¿Otra?... ¿qué ha pasado?

ADEL. Lo del juego de café. Primero el libro, después esto. (Y sin saber si se habrán marchado.)

SIM. ¿Y qué le vamos á hacer? Ya no tiene remedio. Mira, voy á arreglarme, y me voy á casa doña Torcuata. ¿Dónde está mi mantilla? ¿Tú no la has visto?

ADEL. Yo, nó.

SIM. En ese armario creo que la he puesto.

ADEL. ¡¡Nó!!... Lo que es en el armario no está. (¡Dios mío, soy perdida!)

SIM. ¿Dónde la habré puesto? Qué memoria la mía.

ADEL. (¿Y qué hago yo ahora?) (Llaman.)

SIM. Me parece que han llamado.

ADEL. (¡Me he salvado!)

SIM. Veas quién es.

ADEL. Voy. (Váse por el foro, abre y entra con Ciriaco.)

ESCENA X.

Dichas y CIRIACO.

ADEL. Mamá, ¡el Sr. Ciriaco!

CIRIA. ¿Se pué pasar?

SIM. Adelante.

ADEL. Entre usted.

CIRIA. (Se llega hasta el proscenio.) ¡Ea! con el permiso de ustées...

SIM. Siéntese. (Le acerca una silla.)

CIRIA. ¡Con mucho gusto! Señoritas (cuánto ma precian), en cuanto he puesto los pies en Madrid, me dicho: á ver á las señoritas.

SIM. Agradezco la atención.

ADEL. (Dios Santo, éste faltaba para que se asfixie el del armario.)

CIRIA. Vaya, como que yo y mi mujer, en cuanto llegamos á Madrid, si no venimos aquí, paece que no hemos salío del pueblo; lo primero que malvertío antes de salir, es que les dijera que man hecho alcalde.

SIM. Sea enhorabuena.

CIRIA. Ja, ja, ja... gracias.

ADEL. ¡Pero le han hecho á usted alcalde!... (qué barbaridad).

CIRIA. Vaya; ¡tóos han votao por mí! alvirtiendo que ya ma costao... ya...

SIM. Se conoce que el pueblo le quiere á usted...

CIRIA. Mucho, pero mucho; en diciendo el señor Ciriaco ¡al del Toro! tóo el mundo cierra los ojos por no ofenderme.

SIM. Siendo usted tan rico... claro está.

SIM. ¿Todos irán... verdad?

CIRIA. Eso, á pedirme dinero, y desde luego prestao; ¡qué talento tienen ustées!

SIM. Gracias.

ADEL. Mil gracias (qué fastidio). ¿Tiene usted que regresar hoy al pueblo?

CIRIA. ¡Cá!... nó, mañana.

SIM. Entonces, ya no sale usted de mi casa, señor alcalde.

ADEL. (¡Dios mío, qué apuro!)

CIRIA. Como ustées quieran.

SIM. Voy á prepararle su habitación. (Se dirige segundo término izquierda.)

ADEL. (¡Cielos, lo descubre!) Espera, mamá, yo la prepararé. (La detiene.)

CIRIA. Ja, ja, ja... (cómo ma precian.) No es necesario ahora.

SIM. ¿Por qué?

ADEL. (Me he salvado.)

CIRIA. No hay que apurarse, volveré luego. (Levantándose.)

SIM. ¿Se va?

CIRIA. Sí.

ADEL. Respiro.

SIM. Pero...

CIRIA. He de ir á la vicaría...

ADEL. ¿Qué se casa?

CIRIA. Mi sobrino. Conque, de aquí á luego. (Vase foro.)

SIM. Qué bonachón es ese hombre.

ADEL. Vaya; pero lo que parece mentira es que sea tan sencillo.

SIM. Como lo son los de pueblo. (Llaman.) Veas quién es.

ADEL. Voy. (Váse por el foro y vuelve con Pedro.)

ESCENA XI.

Dichas y PEDRO.

PEDRO. Señoras, á los pies de ustedes.

ADEL. (¡Santo Dios!... El de la carta.)

PEDRO. ¿Ustedes extrañarán mi visita?

SIM. Sí.

ADEL. (¡Nó!...)

PEDRO. Pues mi visita es debida á que tengo...

SIM. ¿Qué tiene usted?

PEDRO. Tengo por vecino un profesor de bombardino, y el demonio del hombre, se está todo el día y toda la noche siempre tocando el aire de «La Mascota,» y me tiene muerto porque no puedo dormir, ni estar en casa á ninguna hora del día.

SIM. Caballero, yo no sé á qué viene...

PEDRO. Espere usted. Como he dicho, no puedo estar en casa y me estoy por la calle; mas á esto debo haber venido aquí, porque en la calle encontré á esta señorita, que adoro con toda mi alma, y que ha de ser el eterno iris de mi felicidad.

ADEL. (¡Oh!... y qué bien se expresa.)

SIM. Caballero, mas usted...

PEDRO. La prueba de que la quiero, es que siempre la sigo á todas partes, vaya donde vaya. Ayer al salir de la iglesia se le cayó este libro... (Saca el devocionario y se lo entrega.)

SIM. ¡Mi libro!...

PEDRO. Pues bien; para que se convenza, registre usted ese libro, y vea lo que encuentra en él.

ADEL. (Su carta. ¡Me alegro!...)

SIM. A ver. (Abre el libro y saca una carta.) Una carta. (Lee.) «Adela del alma mía; junto á usted, soy dichoso; nunca soy tan feliz mas que cuando me encuentro á su lado, pues lejos de usted, soy como rosal que le falta la vida, como flor que le falta su frescura; como yo, nadie en el mundo podrá amarla; espera que su pecho sea franco y le consagre ese amor que á todas horas y por nada cambiaría, su seguro servidor,

Pedro Calleja.»

¡Hija!... ¿y qué dices tú de esto?

ADEL. Que sí; que este joven me quiere y yo también, y solo falta que tú consientas.

SIM. ¿Yo?... Pero caballero, usted tendrá... y su familia...

PEDRO. Sí, señora, yo tengo de todo: una farmacia bastante bien surtida; tengo en mi familia seis tíos, dos de ellos son curas, otro que es muy rico, dos sastres y el otro tiene una fonda en esta misma calle; de cada tío tengo tres hijos; por la misma causa cuatro tías, dos en el teatro en zarzuela, otra que es también muy rica y la otra hace flores con tanto esmero, que ha sido premiada en varias Expo-

siciones; tengo cuatro primos, dos primas, mi abuelo, mas no tengo abuela; dos hermanas, mi padre y mi madre; todos me aconsejan que me case; tengo cuatro casas, dos allá en mi pueblo, dos aquí en Madrid; tengo tantas cosas...

SIM. ¡Tener es!

PEDRO. Y tengo el empeño que sea usted abuela de mis hijos.

ADEL. ¡Pedro!...

PEDRO. Sólo nos falta para ser felices que nos dé su consentimiento.

SIM. ¿Yo?... No...

ADEL. }
PEDRO. } ¿No?...

SIM. No me opongo. Lo que mi hija quiera, yo también.

PEDRO. ¡Ah!... Señora, nos hace usted felices.

ESCENA XII.

Dichos y DIEGO por la derecha, primer término. Luego JUAN.

DIEGO. (Asomando la cabeza.) ¿Puedo salir, señorita?

SIM. ¿Quién es ese hombre?

PEDRO. ¡Diego!...

DIEGO. ¡Pedro!...

PEDRO. ¿Pero qué haces aquí?

ADEL. (¡Dios mío!...) Pues... este caballero venía perseguido por otro, y se entró por el balcón para librarse de su contrario.

DIEGO. Eso es. (¡Y qué bien se lo arregla!)

PEDRO. Ya estás libre.

SIM. Ya está usted libre; salga de mi casa, que no es ninguna casa para albergar criminales.

DIEGO. Señora, yo no soy criminal.

JUAN. (Saliendo del armario.) (Me voy á mi casa.) ¡Me pillaron!...

PEDRO. ¡Otro hombre!... ¡Juan!...

SIM. ¡Caballero!... ¡Caballero!... ¿Qué viene á ser esto?

ADEL. Mamá, ese es el rival de éste.

SIM. (A Juan.) ¿Y le iba usted mucho tiempo detrás?

JUAN. Sí, señora, dos meses, y estoy decidido á ser su esposo.

SIM. ¿Su esposo?... ¿qué viene á ser esto?

JUAN. Que yo ví á esta señorita, me gustó y estoy resuelto á casarme con ella.

SIM. ¿Usted casarse con mi hija? ¿Pues no perseguía á este caballero?

DIEGO. ¿A mí?... Nó, señora. Yo vine aquí á prestarle un favor á esta señorita.

SIM. Nó, señores. Adela no puede casarse con ninguno de ustedes, por la sencilla razón que se casa con D. Pedro.

PEDRO. Sí, amigos míos, me caso y he ganado la partida; habéis perdido, y eso sobre haberse adelantado; habéis llegado tarde.

JUAN. Lo que es yo no he perdido sólo la apuesta, sino una cartera que llevaba en el bolsillo, la cual contenía cuatro mil reales.

ADEL. ¿Una cartera?... ¿Cómo se llama usted, caballero?

JUAN. Juan Tejado de la Casa.

SIM. ¡Ah!... Caballero...

ADEL. No deje de acudir á la cita que tiene con Julia, pues le espera á las siete.

JUAN. (¡Cielos!... La cita de Julia.) Señorita, ¿cómo sabe usted eso?... ¿quién se lo ha dicho?

SIM. La casualidad. Ella fué la que hizo que yo fuese en el mismo tranvía que usted y que cayese su cartera junto á mí. Aquí la tiene usted. (Se la da.) En cuanto á esa carta, la hemos leído por ver si averiguábamos el nombre de su dueño.

JUAN. Ha hecho usted muy bien en leerla, porque si nó, no hubiera recobrado mi cartera. Gracias, señora, gracias.

DIEGO. (A Juan.) Amigo, sea enhorabuena. (A Pedro.) Sea enhorabuena.

PEDRO. (A Diego.) ¡Gracias!... Todos estamos reunidos, y ya que feliz yo soy, quiero que todos participen de mi felicidad.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, y el SR. CIRIACO por el foro.

CIRIAC. Ya estoy de vuelta.

PEDRO. ¡Tío, querido tío! (Se abrazan.)

SIM. ¿Son parientes?

ADEL. (¡Su tío, qué alegría!)

CIRIAC. El sobrino que más quiero.

PEDRO. Tío, esta señorita es mi prometida.

CIRIAC. Pues á casarse; ya te he dejao los papeles en tu casa. Conque ya no te falta otra cosa más que te despidas del público.

PEDRO. (Al público.)

Nada más quiero una cosa
Como grande recompensa,
Que me otorguen un aplauso
Para mi ésposa y mi suegra.

FIN.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.